

XAVIER QUINZÀ LLEÓ, S.J.

DIOS QUE SE ESCONDE  
Para gustar el misterio de su presencia

---

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2006

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN:

¿QUIÉN NOS OCULTARÁ DE TU MIRADA? . . . . .	15
---	----

### PRIMERA PARTE:

#### UN SABER ESCONDIDO Y SECRETO

1. SUEÑOS DE UN CRISTIANISMO FUTURO . . . . .	25
Es tan difícil ser contemporáneos del presente	25
El corazón tiene razones que la razón no entiende . . . . .	26
Los sueños acerca de la fe: ¿cómo reconocer su Presencia? . . . . .	28
Los sueños acerca de la esperanza: ¿cómo confiar en la Fragilidad? . . . . .	30
Los sueños acerca del amor: ¿cómo desear y amar desde la Compasión . . . . .	32
2. LA HISTORIA OCULTA DEL AMOR DE DIOS . . . . .	41
Bucear en la historia íntima de la humanidad .	41
Amor de Dios en historia humana . . . . .	43
Dejarnos acompañar para percibir mejor la vida . . . . .	46
El arte de discernir los diversos pensamientos .	49
Hacernos capaces de leer en el corazón . . . . .	52

3. DESENTERRAR EL TESORO .....	59
Recuperar el encanto de nuestra vida .....	59
El tesoro de su Presencia escondida .....	61
Desgastados...sobre un tesoro tan grande! ....	63
Abrirnos a la energía que nos transforme .....	65
Los sentidos de la búsqueda: talante de los buscadores de Dios .....	67

**SEGUNDA PARTE:**

**“TÚ ERES UN DIOS QUE SE ESCONDE”**

4. ORAR EN LO ESCONDIDO .....	77
Descubrir el propio lugar como medida de la madurez .....	77
El coraje de retirarse en soledad .....	79
Orar en el juego de la libertad .....	81
Entrar dentro de sí .....	83
La sabiduría escondida .....	87
5. HAS ESCONDIDO ESTAS COSAS .....	93
El don que se recibe en lo escondido .....	93
Conocer mejor los deseos ocultos .....	96
El secreto revelado a los pequeños .....	99
Rastrear el impacto de Dios en nosotros .....	101
¿Cómo está el Dios que se esconde en nuestra vida? .....	103
6. ENTRARÉ EN LO ESCONDIDO DE SU CASA .....	109
Las distintas moradas del corazón .....	109
Efectos de la experiencia interiormente gustada .....	111
Abandonados enteramente en Dios .....	115
Explorar la geografía interior del corazón ....	117
La docilidad al Espíritu en sus inspiraciones ..	120

**TERCERA PARTE:**  
**“TU PADRE QUE VE EN LO ESCONDIDO”**

7. CAMINOS DEL AMOR OCULTO . . . . .	129
Somos signos vivos de una obra del Espíritu . .	129
Llamados a desvelar la esperanza de la Gloria	132
Los caminos de la ascensión del corazón . . . .	135
El amor ama el secreto . . . . .	140
8. CUANDO LA DIVINIDAD SE ESCONDE . . . . .	147
Oscuridad detrás de la nube . . . . .	147
La muerte como límite del deseo . . . . .	149
Vivir el momento crucial de la ruptura . . . . .	153
La experiencia del Gólgota: morir a sí mismo .	156
Dichosos los que han muerto porque renovarán la tierra . . . . .	158
9. EL AMOR VICTORIOSO . . . . .	165
Jesús escondido en Dios . . . . .	165
Entra en el gozo de tu Señor . . . . .	167
La victoria cotidiana del amor . . . . .	169
Fuerza y gozo del amor victorioso . . . . .	172
Como del sol descienden los rayos y de la fuente las aguas . . . . .	176
CONCLUSIÓN: GUSTAR AL DIOS QUE SE ESCONDE . .	183
Sentir y gustar con la Iglesia . . . . .	186
Gustar la presencia de Jesús en lo cotidiano . .	188
Amor oculto, amor herido . . . . .	190

INTRODUCCIÓN:  
¿ QUIÉN NOS OCULTARÁ  
DE TU MIRADA ?

---

La pregunta no es ociosa. En este mundo nuestro tan desvalido, en el que el pequeño sufre a causa de la prepotencia de los grandes, y el pobre se empobrece por la desmedida ambición de los poderosos, sentimos a veces, la tentación de volvernros de espaldas a ti y hacer como si no nos vieras.

Avergonzados ante tu mirada, no ya por nuestros crímenes sino por nuestro silencio indolente y nuestra insensibilidad, no nos atrevemos ni siquiera a pedirte que nos cambies el corazón de piedra por uno nuevo de carne, sino que buscamos huir de ti, imaginando, como el avestruz, que de este modo exorcizamos el peligro de tu amorosa mirada.

Hacemos como si no existieses, como si tu presencia cotidiana se hubiera desvanecido como el humo, y pudiéramos no tener que darte cuenta de la suerte de los desgraciados de este mundo. ¡Nos resulta tan molesto saberte preocupado por ellos, viviendo su desgracia, sufriendo por nuestra bajeza moral! ¡Se nos hace tan difícil no sabernos implicados en sus vidas, desprendernos de ellas, no sentirnos responsables de nuestro fracaso!

Queremos hacer como si no nos vieras, para quitarnos de encima ese peso de las vidas ajenas, con las que nada tenemos que ver, a no ser porque su sufrimiento, ¡tan inútil tantas veces!, nos sigue fragilizando la felicidad

y no nos permite vivir honestamente nuestra vida. Nos intranquiliza lo que sabemos y no podemos negar: para pagar cada una de nuestras vidas protegidas se están teniendo que poner en la balanza tres o cuatro vidas desgraciadas.

Ya sabemos que no hay que pagar ningún precio por ser felices, que es un error pensar que vivir lo bueno de la vida nos hace culpables ante nadie. No, no es eso: ya hemos aprendido a purgar nuestra conciencia y a apaciguar el miedo ancestral que nos atrae tantas veces sin remedio a la oscuridad de la culpa originaria. Pero el color de la vergüenza nos sube cada día más por el esternón, por el cuello hacia la cara, y nos anega en un sentimiento difuso que todo lo tiñe, hasta no dejarnos ver con claridad los perfiles de nuestra responsabilidad en este mundo nuestro.

No sabemos hacernos presentes, de verdad, a nosotros mismos. Sentimos, más bien, la urgencia de no mirarnos para no mirarte, de hacer como si no, de dejar pasar la onda de reflexividad que nos llama a fijar los ojos en el corazón y a volver un poco más la atención a las entretelas del alma. Nos escapamos de nosotros mismos para poder seguir viviendo cada día, para no destrozarnos la inocencia de nuestras manos limpias.

Sabemos que tú sigues estando ahí, que nos buscas con una tenacidad de enamorado, que tus ojos persiguen nuestras huellas descalzas en el jardín. Que no hay hojas suficientes para cubrir nuestra indolencia avergonzada, la sinrazón de nuestra huída cuando escuchamos tu voz. Pero seguimos haciendo como si no te oyéramos, como si no nos alarmara tu insistencia, como si no tuviéramos nada que ver contigo.

¡Qué fácil nos resulta pasar de ti! ¡Cómo nos las arreglamos para buscar fáciles salidas a tu silencio que nos

golpea noche y día en los oídos del corazón! Verdaderamente eres un Dios escondido, alguien que no se puede dejar ver, porque se encuentra en un lugar inaccesible y tan cercano como la intimidad de nuestro propio corazón. Pero es ahí adonde no queremos asomarnos para no tener que reconocer la herida de tu presencia oculta, el resquemor de tu abrazo.

En el jardín del Edén, los primeros padres se esconden del Dios Amigo por vergüenza. Porque habían descubierto su desnudez y se avergonzaron de ella. Cuando escuchan sus pasos al atardecer, se quieren ocultar de Dios porque han ido contra Él y han vivenciado una nueva situación de extrañeza: han roto la familiaridad de su trato amigo, y ahora lo experimentan en sí mismos, en su propio cuerpo que se le hace extraño, en su despojada desnudez.

Ante la mirada del Otro se descubren carentes y sienten vergüenza. Han querido arrebatar ávidamente la recompensa que se les ofrecía como un regalo, y han tenido que experimentar su pérdida. Querer ser como dioses les ha llevado a palpar su propia indigencia. Y se avergüenzan de su tesoro, ya desgastado y empobrecido entre sus manos.

La vergüenza ante su propio cuerpo no es sino la señal de que la fuente se ha secado, de que se ha producido la ruptura con el lugar esencial de vida y de plenitud, que es el Amor. Queriendo ir contra Dios, rivalizar con Él por poseer sus dones, se descubren en la indigencia y se avergüenzan de su sexualidad, el centro de la felicidad otorgada y el don compartido del Creador.

Nosotros también, como ellos, nos sentimos avergonzados de nuestra vida construida en falso y pretendemos, ¡qué ilusos!, escondernos de la presencia del que penetra

los más ocultos pensamientos, y conoce nuestro camino y nuestro descanso. “¿Adónde iré lejos de tu presencia? ¿Quién me ocultará de tu mirada?” (Sal 138). Como el propio salmista, tampoco nosotros encontramos un lugar lo suficientemente escondido que nos pueda ocultar de su acoso amante.

Huir de Dios ha sido siempre una tendencia muy humana después del pecado. Es como si la conciencia manchada se nos soliviantara, como si nos alertara de la propia contaminación. Huir de Dios, alejarnos de la Fuente de la Vida, mantenerlo a raya, dejarnos atraer por la labilidad, por el peso de la culpa que quiere mantenerse alejado de Aquel al que traicionó con su conducta estéril.

“¡Apártate de mí, que soy un pecador!”, es el grito aterrado de Pedro pecador, ante la manifestación del don y la abundancia de la pesca milagrosa. Parece mentira cómo nos podemos resistir al don que se nos ofrece, desde la propia conciencia alterada por la culpa. No sólo huir de él, sino desear que se parte de nosotros, que nos deje en paz en nuestro pecado, en nuestra obsesión privatizada de la culpabilidad.

Pero hay una fuerza irresistible en Aquél que nos atrae con su perdón y su milagro: “Venid a mí, todos los cargados y avergonzados; dejaos llevar confiados al regazo del Dios que sólo busca recuperaros para el amor y para la vida”. Ante el miedo y la culpa, ante la propia destrucción de la dignidad personal, el camino que se nos ofrece es la rehabilitación del amor. Dejarnos amar de nuevo, consentir en que el amor revista nuestra debilidad en fortaleza.

Dejar de escondernos de Dios, sentir su atracción y abandonarnos a su regazo. A eso estamos invitados.

\* \* \*



Este libro pretende cerrar una trilogía que hace años le ofrecí a esta editorial, Desclée De Brouwer, y que comenzó en 2002 con un primer ensayo espiritual: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo*, se continuó y profundizó en 2004 con otro recorrido interior: *Junto al pozo. Para aprender de la fragilidad del amor*, y ahora quiere concluir con este nuevo título: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su Presencia*.

El primer libro pretendía aproximarnos al mundo del deseo, y a su capacidad para acompañarnos en el proceso de discernir, entrenar y rehabilitar nuestro corazón en la cercanía del Dios de la zarza. El segundo libro se acercaba al pozo de Jacob, para ahondar en la sed y en la herida, y descubrir el laberinto del amor y su magisterio de fragilidad.

Este tercero, quiere ayudarnos a explorar mejor el tesoro de la Presencia del amor del Dios que se esconde en nuestro interior. Pretende ser una invitación decidida a disfrutar más de la perla preciosa del reinado de Dios entre los avatares de nuestras vidas. Es una propuesta decidida para atrevernos a vivir la bendición sin límites ni condiciones.

Las ideas que se van desgranando entre sus líneas tuvieron su primera inspiración en un espléndido artículo de Dolores Aleixandre: “El don que se recibe en lo escondido. La interioridad en la Biblia”. De él he bebido abundantemente, sobre todo en el material bíblico y en sus referencias tan ricas a una espiritualidad más intensa y atrevida.

Más tarde, me llamó la atención una idea que escuché en una homilía a Carlos M<sup>a</sup> Sancho: el Padre que ve en lo escondido es quien nos revela a su Hijo Jesús, de manera que la “recompensa” a quien ora en lo escondido no puede ser otra que la revelación de su Misterio. Ese mis-

terio de Cristo, escondido desde el principio de los siglos, y revelado en el tiempo oportuno es el mismo Jesús. De este modo, la revelación no sería sino un “misterio escondido”, una recompensa de manifestación personal para aquel que sabe ver y oír en lo oculto del reinado de Dios.

A partir de estas dos inspiraciones se me fue entregando todo el desarrollo del libro, tal y como lo he ido escribiendo. En primer lugar convenía centrar el saber “escondido y secreto” de ese amor oculto de Dios en la historia humana. Ver cómo se desplegaba el misterio desde la perspectiva de la fe, la esperanza y el amor; ver cómo se nos podía hacer más conscientes de esa Vida regalada, y de este modo intentar despertar los sentidos para desenterrar el tesoro de su Presencia, el despliegue de su Gracia.

En una segunda parte convenía describir las dimensiones del don, tal y como se nos ofrecen en el Evangelio. Los pasos sucesivos irán trabando los modos y maneras cómo el misterio del Dios que se esconde se encuentra activo y transformador en las distintas moradas del corazón. Se tendrán que evaluar mejor tanto la dinámica de los deseos, como la geografía de la interioridad, para rastrear el impacto de Dios en nuestra biografía amorosa.

Por último, en la tercera y última parte, nos introducimos en la obra del amor oculto en nuestros corazones. Como signos vivos, somos obra de la acción del Espíritu, y debemos explorar los caminos de la ascensión del corazón en Dios. Sin olvidar que nos dejamos introducir en la oscuridad de la nube, ya que la noche oscura nos acerca a vivir la experiencia de la Cruz, y a afrontar la realidad de la muerte como el límite del deseo. Sólo el amor victorioso del Viviente nos hará gustar la victoria

cotidiana del amor y nos atraerá con fuerza a una vivencia real de la nueva vida.

Una aclaración respecto al título. En un encuentro reciente, la misma Dolores Aleixandre me ha alertado con la idea de que el texto de Isaías: 45,15: “Realmente, tú eres el Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador”, debería traducirse por: eres un Dios “que se esconde”. Ya que la forma reflexiva tiene una nota de intensidad, subraya el aspecto voluntario y continuo de la acción divina de mantenerse oculto.

De este modo queda subrayada la libertad y la soberanía de Dios sobre su misma obra: el Dios que se esconde es el Salvador, que sólo se manifiesta en un determinado clima, para una determinada calidad de humanidad: la de los pequeños y desheredados de la tierra.

La expresión, así traducida, reconoce en un solo movimiento, a la vez, la presencia y la ausencia de Dios: expresa una ausencia cuya duración se ignora. Nos pone ante la experiencia personal según la cual, el creyente debe descubrir un Dios a la vez presente y ausente. Un Dios que se esconde... ¡para que le busquemos!

El misterio del Dios que se esconde nos está reclamando una actitud más decidida a descubrir el tesoro en lo oculto del corazón. A no escondernos de la mirada amorosa de Dios que nos llama en lo cotidiano a sabernos más ricos y beneficiados de su amor. Es una Presencia, la de Dios en lo oculto de nuestra vida y de la historia, que puede pasar desapercibida. Cualquier descuido nuestro la hace inaprensible, sin nuestra ayuda se puede quedar incapacitada para renovarnos y transformar las cosas.

Presencia que todo la anuncia y nada la dice verdaderamente. Los suyos son unos bienes que llevan impresiones de verdad y de riquezas divinas, nociones muy

claras que están normalmente escondidas en la vida cotidiana de los humanos. La exploración continua del misterio de la Presencia del amor es como una descarga del corazón de Dios en el corazón del ser humano, que, siendo tan pequeño, se encuentra abismado en una cosa tan alta.

Quizá podamos ser en nuestro tiempo esos hombres y mujeres ardientes, que descubran el deseo de volver a una experiencia del amor de Dios, que aunque oculta y casi sin lenguaje en nuestra cultura, pugna incansable por salir a la luz desde nuestros corazones.

Así como señalarlos también, los lugares de esa revelación del Amor que se esconde en el territorio del pobre, del ignorante, del creyente sencillo.